La sinceridad de un hijo

La sombra de mi padre
MARTÍN FRANCO VÉLEZ
Planeta, Bogotá, 2020, 136 pp.

HACERSE ESCRITOR o ser periodista es, a veces o por definición, escribir sobre temas que incomodan a la gente. Y, a veces o por definición, esa gente es la propia familia. En su debut como escritor, el periodista Martín Franco Vélez (Manizales, 1981) realiza un ejercicio de catarsis personal poco frecuente en el género de la no ficción en Colombia. Lo taquillero, lo convencional, lo que abunda en la literatura y el periodismo del país son, por lo general, indagaciones que ahondan en las vidas y los relatos de otros, ya sean reales o imaginados. Antes que mirar el caso ajeno, Franco Vélez ha decidido empezar por contar el propio. Y todo es real. Nada de recreaciones.

La sombra de mi padre cuenta las reflexiones del autor sobre la relación con su familia a partir de un momento determinante: a punto de ser padre por primera vez, y después de estar distanciados durante meses, Franco Vélez viaja de Bogotá a su natal Manizales para hablar con su padre sobre los asuntos que durante años abrieron una zanja entre ambos y que, en gran medida, siente como una cuenta pendiente que debe cerrar antes de iniciar esa nueva etapa de la vida con su hijo. El libro es entonces un viaje, en todo sentido, por las ideas y razones de un hombre tratando de entender a su padre antes de convertirse él mismo en padre.

El gran telón de fondo que crea el autor para dar ese riesgoso paso por la cuerda floja, como él mismo lo llama, podría resumirse en una pregunta que actualmente tiene completa pertinencia: ¿cuál es la figura de hombre, padre e hijo que se nos ha presentado como modelo ejemplar en Colombia? Todas las respuestas que encuentra o desarrolla son, en esencia –cualquiera que sea–, la muestra de un intencionado acto de conciencia en búsqueda de una sanación personal que, sabe desde el principio, podría terminar siendo todo lo contrario a lo que espera. Confiesa, incluso, que podría ser mejor si dejara las cosas quietas y siguiera como si no pasara nada. Pero, aclara desde el principio, lo suyo no es hacer como si nada pasara. Entonces, decide escribir.

Lejos de explayarse en un reclamo sesudo o una extensa diatriba de hijo inconforme, a medida que cuenta su verdad, Franco Vélez empieza a desgranar, con fluidez y sencillez, los rasgos de una idiosincrasia arraigada e impuesta que, en su familia, como en la sociedad colombiana, ha dejado una huella disfuncional durante generaciones. Y, en vez de decantarse por darle a ese análisis la forma más estudiosa, científica, académica y estadística –que, seguramente, abundará en otros géneros de la no ficción–, Franco Vélez ha optado por crear su relato desde el lado más humano y experiencial, contando su propia vida como hijo, esposo y futuro padre. Como quien no escatima en los recursos de los que se sabe poseedor, incluidas sus limitaciones.

Su relato personal se convierte, automáticamente, en una historia que debería leer todo el que haya sido padre o hijo (o ambas cosas) en Colombia y haya reñido alguna vez con esas figuras. Es decir, prácticamente cualquier colombiano. Porque, antes que la espectacularidad de los lados más insólitos de nuestra realidad social, el autor explora aquellas sombras que nos resultan más cotidianas y, aun así, igual de complejas e indescifrables: las de nuestras vidas e ideas sobre la familia.

Decidido a ser tan honesto como se puede con la historia familiar, y consigo mismo, aborda los temas a los que socialmente se les ha puesto un veto en ese ámbito porque "de esas cosas no se habla" o porque "los trapos sucios se lavan en casa", premisas que, en el caso de este libro, resultan drásticamente contrarias a su esencia. Justamente, lo que se propone el autor es hablar de los temas sobre los que siempre ha querido tener una claridad y para los cuales solo ha encontrado la evasión como respuesta.

Lo que deja Franco Vélez con su testimonio son palabras que se leen sinceras y sentidas, con las que cualquiera se siente identificado, especialmente por la apertura total –nunca sobreactuada, victimizante o lastimera– con la que trata temas que siguen siendo un tabú en la sociedad y en los hogares colombianos: el machismo, la idea del éxito y el fracaso, la depresión, el suicidio, los problemas de salud mental y los prejuicios sobre acudir a ayuda profesional, los límites y las frustraciones que los padres imponen a los hijos, marcados por la idea que tienen sobre lo que ellos deben ser y lo que no...

En esa medida, con argumentos que cualquiera puede entender, rechaza las ideas equivocadas y repetidas que hoy deberían ser un tema de conversación social más frecuente y cuestionado: que los hombres no lloran o son débiles si lo hacen; que se es más hombre y más macho si se aguanta con tozudez una serie de tragos amargos de la vida y una ingesta oceánica de tragos amargos de licor; que es un error pensar que somos vulnerables o mostrarnos vulnerables; que hay que guardar las apariencias; que el psicólogo y el psiquiatra son para débiles o locos; que los hijos deben obedecer sin miramientos y los padres no pueden ser cuestionados.

Todo lo anterior, por supuesto, ha sido materia de un sinfín de libros de autoayuda. Pero, sin caer en la idea, también equivocada, de que la autoayuda es un género significativamente menor, habrá que decir que *La sombra de mi padre* no es, en ningún sentido, un libro de autoayuda. Lo suyo, desde el principio, es la búsqueda de una respuesta a una inquietud personal tan profunda que, se sabe, puede terminar en un caos aún más irremediable, pero que solo podrá responder por sí mismo. No es su intención, en ningún momento, dar fórmulas mágicas, instrucciones de manual o claves de éxito. Su sinceridad parte, justamente, de saber que todo puede terminar peor.

Tan personal es esta búsqueda, que la contraparte a tantos cuestionamientos incómodos es una sucesión de hermosos recuerdos íntimos de Franco Vélez con su padre y su familia. El libro está atravesado por la nostalgia de esa memoria sensorial que son los tesoros de la felicidad: el consuelo del niño que se sabe protegido bajo el brazo del padre o la alegría que este le produce cuando lo lleva alzado en hombros; la emoción del mismo niño que ve llegar a casa al padre, cansado después de un largo día de trabajo; el lazo inquebrantable que se tiende al hijo adolescente heredero del gusto musical del padre cuando este aún era su ídolo; la sorpresa del hombre ya adulto al entender el viejo comportamiento de

su padre después de sentir una rabia nunca antes experimentada por las recientes anécdotas de sus primeros pasos en la paternidad.

Todos son lugares que el autor va esparciendo como señales de pista en una correría para darse la seguridad de que ese lugar feliz al lado de su familia sí existió, que sigue existiendo y está cerca. Son la prueba de que es posible retornar a él. Por eso, más que autoayuda o embestida, *La sombra de mi padre* es un libro de nostalgia y sinceridad pura. La única ayuda que brinda o pretende brindar es para el propio autor, que en su intento de decantar el meollo de su entorno familiar podría dar luces a un sentimiento compartido por los suyos y por muchos otros.

Pero esa solo resulta ser una ganancia adicional. Su tarea de escritor es, en principio, incomodarse e incomodar. Y en cada capítulo se encuentran los motivos para que cada quien reflexione o emprenda esa misma búsqueda en su legado familiar. Cualquier lector, con una mínima sensibilidad sobre la vida doméstica y los recuerdos personales que intentan conservar el amor de una familia, agradece ese acto de honestidad como una perla cada vez más difícil de encontrar entre la literatura y los libros de los autores colombianos.

Adrián Atehortúa